

Estudio frente al mar¹

Orlando González Esteva

La adquisición de un pequeño estudio frente al mar, sueño de muchas noches de verano, y el esfuerzo económico que esto supuso, me pusieron —hace ya algunos años— en el gratísimo aprieto de tener que desempeñar en él labores simultáneas de limpiapisos, albañil, plomero, electricista, pintor de brocha y, finalmente, decorador.

El pintor escogió un blanco riguroso: las reducidas dimensiones del estudio, ubicado en un octavo piso, exigían un color capaz de proporcionar cierta sensación de amplitud. Un par de enormes ventanas que daban al mar ocupaban casi toda una pared. De esa sección del inmueble no habría que ocuparse: allí todo era luz, movimiento, espectáculo. Bandadas de gaviotas y bañistas se disputaban la arena; el cielo, de un azul purísimo o tormentoso, parecía al alcance de la mano. No era extraño que un trasatlántico rompiera la línea del horizonte y pareciera, —al que visitara el estudio y guardara la debida distancia— uno minúsculo, de papel, anclado al borde de la ventana; ni que un letrero de tela amarrado a la cola de un dirigible ocupara una franja del cielo, anunciando, ondulante, una bebida alcohólica o un centro nocturno de moda, donde la diversión desafiaba el amanecer. Las noches de luna llena ofrecían la oportunidad de evocar, al día siguiente, la exactitud de unos versos de Octavio Paz: *Anoche, en tu cama,/ éramos tres:/ tú y la luna.*

En la pared opuesta, un espejo de grandes proporciones colgado por los antiguos propietarios se aliaba al blanco para acentuar la falsa impresión de holgura y reflejar, espléndido, la imagen del océano que se asomaba a las ventanas. Recordé la parábola sufi donde dos grupos de artistas se disputaban los favores de un sultán pintando al fresco —con una cortina de por medio para impedir el acceso de un grupo a la obra del otro— las paredes opuestas de una sala, y resulta vencedor aquel que lejos de llenar de imágenes propias su pared, la pule hasta convertirla en un espejo que refleja, con luminosidad misteriosa, la obra rival.

Situarse al mismo centro del estudio era verse flanqueado por dos monumentales brazos de agua verdiazules: el real y el que recogía, devolviéndolo, el espejo. La ola que no entraba por las ventanas amenazaba con entrar por éste y volcar, eufórica, la pequeña mesa y las sillas colocadas frente a él. Pero quedaban dos enormes paredes por animar, y ante ellas, el decorador improvisado acabó por desconcertarse: la calidad de esa animación no debía ser inferior a la que ya ofrecían las ventanas y el espejo.

¹ Palabras leídas para presentar una lectura de versos ofrecida en el Centro Cultural Español de Miami.

Se sabe que quien cuelga un cuadro abre una ventana, de ahí la delicadeza de la gestión. ¿A dónde quería asomarme yo cuando en vez de encarar el mar —o su doble acantonado en el espejo— fijara la vista en el resto del estudio? Durante varias semanas, encerrado en él, entre el espacio marino y la desolada blancura de las paredes vacías, entre el rumor de la tinta y la página en blanco (que no otras cosas se me antojaban el sonido del agua, a veces ceñuda, y aquellas superficies por ocupar), me repetí esa pregunta. El encuentro fortuito con una copia fotostática, a colores, de una litografía cubana del siglo XIX vino a darme la respuesta: querría asomarme a Cuba. Varios catálogos de pintura cubana extraídos de una biblioteca pública y una poderosa máquina fotocopidora, capaz de reducir o ampliar a mi antojo las imágenes recogidas en esos catálogos, me facilitaron, en cuestión de minutos, una preciosa colección de obras maestras listas para ser enmarcadas. Días después, una amiga amante de la exactitud y de las combinaciones inesperadas, me ayudó a colgarlas.

Solo, de vuelta al centro del estudio, con las ventanas abiertas, el viento entrando por ellas, el mar rezongando en la playa y rodeado por aquel despliegue de imágenes concebidas por algunos de los pintores cubanos más importantes del siglo XX, sentí, como Dios el sexto día de la Creación, que todo lo que había hecho era bueno. Y pensé, reparando en los espacios en blanco que ahora jugaban con las pinturas, que así, precisamente, debería sentirse el lector de un poema: en medio de una realidad aparentemente cerrada pero minada de tragaluces, de hendiduras por donde asomarse a otras realidades. Descubrí, en la forma en que ahora se me presentaba el estudio, una suerte de poética que no me era extraña, sólo que nunca se me había insinuado con tal precisión: escribir como quien llena de cuadros una habitación vacía, para abrir balcones, para asomarse a otros espacios, para ver más allá. Entre las acepciones de la voz italiana *stanza* están las de *estrofa* y *habitación*: en el caso de aquel estudio, ambas identificaban lo mismo.

De ahí en adelante toda vacación se me fue en lecturas y paseos por la orilla del mar. A veces, tendido en el sofá, escuchando música o disfrutando de una especie de duermevela, las figuras que habitaban los cuadros se me presentaban tan reales como las que allá afuera, en la playa, tomaban el sol, chapoteaban en la espuma, compartían besos, pescaban o daban de comer a las aves marinas. Llegué a preguntarme si las sirenas de Carlos Enríquez no habrían entrado por las ventanas; qué buscaba en Miami Beach la gitana de Víctor Manuel; quién le habría dado la llave del estudio a Amelia Peláez para que colocara encima de la mesa un puñado de marañones; por qué no cantaba aquel gallo de plumas azules de Mariano Rodríguez cuando el sol, al amanecer, inundaba la estancia; quién sería aquella joven semidesnuda, envuelta en una sábana y con un frutero por cabeza, que me esperaba tendida en un paisaje nocturno de Mario Carreño.

No recuerdo exactamente cuándo llegaron los versos. Sí sé que me encontré escribiéndolos allí, de regreso de mis paseos por la playa, y que esos versos reflejaban la confluencia de ambos mundos, el de la realidad pública, exterior, que acababa de desertar, y el de una realidad íntima, privada, accesible

sólo dentro del estudio y a través de aquel puñado de copias fotostáticas: la realidad del arte.

Tampoco sabría decir con justicia quiénes inspiraron algunos de esos versos: si los cuerpos que admiré en la arena o los que se asomaban a los cuadros; el mar que tronaba a la intemperie o el que contenía, a duras penas, el espejo; esta playa del sur de La Florida o una playa insular. Como yo, a imagen y semejanza mías, el estudio parecía hallarse en tierra estadounidense, pero sólo en un sentido. Dentro, también como yo, se abría a otros paisajes, reconocía otras patrias, mis únicas patrias verdaderas: Cuba y la imaginación.

